

*tionum vestrarum, quiescite agere perverse, dicite benefacere* (1). Lavaos, nos dice, y purificaos; lavaos en las aguas de la penitencia, y purificaos con la sangre del Cordero. Aplicaos con una contricion verdadera este segundo bautismo, tan saludable como el primero, pues es el bautismo de un corazon contrito y humillado: *Auferte malum cogitationum vestrarum*. Quitad de mi vista todo lo que haya corrompido en él, no solo en vuestras acciones, sino en vuestros pensamientos; renunciad las compañías y tratos viciosos, dejad de hacer lo malo, aprended á hacer lo bueno, y no os contenteis solo con hacerlo bien: *Et venite, et arguite me, dicit Dominus*. (2) Y despues venid y defended ante mí la causa de esas almas por quienes os interesais, que entónces os oiré, aceptaré vuestros sacrificios y me aplacaré con vuestros ruegos. Aprovechémonos, cristianos, de esta advertencia, y experimentarémos la verdad de las promesas del Señor. Por este medio le glorificarémos, consolarémos á nuestros hermanos en su afliccion, alcanzarémos para nosotros las mas abundantes gracias de salvacion, que nos conducirán á la vida eterna, que es la que os deseo. Amen.

(1) *Isai. c. 1. v. 16.* (2) *Ibid. v. 18.*

## DISCURSO

PARA EL DIA

DE LA CONMEMORACION

### DE LOS FIELES DIFUNTOS.

(DE TRONCOSO.)

*Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.*

Es un pensamiento santo y saludable el orar por los difuntos, á fin de que sean libres de las penas de sus pecados.

*II. á los Macab. c. 12, v. 46.*

Aun quando la voz de la humanidad no hablase á nuestros corazones en favor de las almas que yacen en el lugar de la expiacion, no creo sea posible desentenderse de ese lenguaje mudo que hoy nos hace escuchar la religion en este templo augusto. Donde quiera que dirigimos nuestra vista, nada advertimos sino símbolos misteriosos al par que lúgubres, insignias de duelo, monumentos de tristeza, fúnebres cánticos, llanto inconsolable y recuerdos amargos. La muerte con su acerada guadaña preside esta escena sombría. Aquí vemos una tumba enlutada, allí antorchas amarillentas cuyos pálidos resplandores reflejan tristemente en las ennegrecidas murallas; ora un altar desnudo y sin ornato; ora sacerdotes compungidos y ocupados de dolor.... Cristianos! ¿qué significa todo este aparato tan imponente? ¿Nada dice á vuestras almas la religion en este momento? ¿No os recuerda que sois hijos del polvo y que el polvo es vuestro último fin? Mas qué! ¿Nada hay mas allá del sepulcro para el hombre? ¿Finará por ventura con el cuerpo ese espíritu que es en nosotros el principio del movimiento, de la inteligencia y de la vida? ¿Perecerá entre la corrupcion esa alma que un Dios criara á su imágen y semejanza, en quien impri-



miera el sello de su propio espíritu? ¡Léjos, léjos de este templo el impío materialista que pretende destruir la obra de Dios y asemejarla á la obra del hombre! El cristiano que puesto de hinojos ante esa pira fúnebre, derrama llanto amargo sobre las cenizas de aquellos á quienes en el mundo amaba, tiene pensamientos mas elevados, y estos se los inspira la religion. ¿No le veis cómo clava sus ojos en esos símbolos de nuestra mortalidad, y luego los vuelve hácia el tabernáculo del Dios inmortal y juez supremo de vivos y muertos? ¿Qué prueba mas positiva del convencimiento íntimo en que está de que las almas de los difuntos sobreviven á la accion destructora del tiempo? Si así no fuese, ¿á qué conducirían estas demostraciones de pesar que todo hombre religioso viene hoy á hacer ante los santos altares?

Es pues una verdad innegable que las almas de los finados, despues que se separan de los vínculos que las aprisionaran en este mundo, viven todavía para recibir el condigno galardón ó castigo á que les hicieran acreedoras sus buenas ó malas obras; y lo es tambien que hay un lugar destinado á purificar aquellas que, si bien murieran en el ósculo santo y en la justicia, conservaron algun resto que no acabaron de satisfacer. Hé ahí el dogma del purgatorio. Mas no pretendo establecer su existencia en el presente discurso. Harto demostrada está en vosotros esta creencia, puesto que venís á orar por vuestros hermanos difuntos conforme al espíritu de nuestra madre la Iglesia. Convencidos como el virtuoso Júdas Macabeo de que no hay pensamiento mas santo y saludable que el ofrecer plegarias al cielo en sufragio de los que pasaron de esta vida, para que el Dios de toda misericordia les conceda la remision de las penas de sus pecados, ninguna necesidad teneis de que yo os recuerde los títulos que os obligan á practicarlos. Si pues os hablo de este deber que la religion impone á sus hijos, no será mas que para fomentar todavía mas vuestra compasion hácia las benditas almas del purgatorio, y haceros apreciar el mérito de vuestros sufragios. Elevaré vuestras ideas á un objeto digno de vuestra religiosidad, haciéndoos ver que el pensamiento de orar por los difuntos es santo y saludable, porque de este modo ejercemos la mas heróica de las virtudes, cual es la caridad, del modo mas excelente y mas perfecto, y en toda su extension y heroísmo; primeramente con Dios, cuya gloria procuramos; se-

gundo con nuestros prójimos, cuya libertad conseguimos; tercero con nosotros mismos, cuya salvacion merecemos. En una palabra, «debemos orar por los difuntos segun el espíritu de la religion, porque haciéndolo contribuimos á hacer resplandecer la gloria de Dios, á libertar de sus penas á nuestros prójimos, y á granjearnos á nosotros mismos nuestra salud eterna.» Hé aquí tres motivos poderosísimos que deben alentar nuestra devocion hácia las almas del purgatorio, y que van á formar el asunto de vuestra atencion en este discurso.

¡Oh Cristo Jesus, cordero sin mancha que borras los pecados del mundo! Hoy que me intereso en favor de esas almas privilegiadas, que redimidas con tu sangre preciosa esperan el momento de ceñir la corona que las tienes destinada en tu glorioso reino, haz descender de lo alto á mi corazón y á mis labios aquella uncion persuasiva que sabe conmover hasta á las mismas criaturas inanimadas é insensibles. Que mis palabras sean ardientes centellas que enciendan en los pechos de mis oyentes el deseo eficaz de aliviar á tus esposas que padecen por tu amor. Virgen santa! Sé tú la mediadora con tu divino Hijo, y déjate mover de la ternura con que te saludamos con las misteriosas palabras del ángel: *Ave Maria.*

#### REFLEXION ÚNICA.

Si es cierto que en virtud de un precepto que es el primero y máximo de la ley divina, estamos obligados á amar al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, lo es tambien que por una consecuencia necesaria de este expreso mandato, debemos darle toda la gloria que nos es posible, y procurar que todos los hombres le glorifiquen y alaben en el cielo y en la tierra. Es verdad que nada podemos añadir á la gloria esencial de Dios, pues tiene en sí mismo el principio de su felicidad; pero podemos sí contribuir á aumentar su gloria accidental, multiplicando el número de los predestinados que sin cesar celebren sus grandezas, y le amen y sirvan por toda la eternidad. Hé ahí puntualmente la gloria que proporcionamos al Señor por medio de una devocion constante hácia las benditas almas del purgatorio. Orando por ellas y procurándolas los socorros espirituales que nos dicta la religion, entramos, por decirlo así, en los mas caros inte-



reses de la divinidad, nos hacemos cargo de sus derechos y honramos sus inviolables atributos. ¿Cómo mejor pudiéramos engrandecer su justicia, que encargándonos de darle la justa reparacion que le es debida por las ofensas de nuestros hermanos, ya que ellos en el estado de expiacion en que se hallan en el purgatorio solo pueden satisfacer con las penas que allí padecen? ¿Qué modo mas eficaz de glorificar su bondad suma, que arrancando de sus manos unas víctimas que le son caras, á quienes no castiga sino á su pesar, cual padre tierno que siente en su corazon los golpes que descarga sobre unos hijos culpables? ¿Qué medio mas propio para hacer resaltar su misericordia, que defendiendo en el tribunal de su corazon compasivo la causa de unas almas á quienes desea eficazísimamente perdonar, y dándole ocasion con nuestras obras meritorias de acelerar el momento de hacerlas bienaventuradas? ¿Cómo, en fin, podremos mejor reconocer su grandeza infinita y sus atributos todos, que abriendo las puertas del cielo á una innumerable muchedumbre de justos que en adelante no cesarán de colmarle de bendiciones y de cantar sus alabanzas?

Pues ved, católicos, lo que hacemos socorriendo á las almas de los difuntos que yacen en el lugar de la expiacion. ¿Puede haber acaso un acto mas heróico y excelente de caridad hácia Dios? Y si lo consideramos con respecto á Jesucristo, ¡cuán grato debe serle el vernos eficazmente interesados en favor de aquellos á quienes amó desde la eternidad con una caridad perpetua, y que, á pesar de las penas que se ve obligado á imponerles, son para su corazon como la pupila de sus ojos! Oh! Si el mas pequeño obsequio hecho á sus escogidos lo acepta cual si se hiciese á su propia persona, ¡qué satisfaccion no experimentará ese Pastor amable viendo que con nuestras oraciones enviamos á su eterno aprisco unas ovejas que todavía estaban de él ausentes! ¡Qué gozo no tendrá ese Salvador adorable cuando con nuestras obras meritorias habrémos hecho participantes del precio de su sangre preciosísima á los que con ella lavó de sus manchas en el Calvario! ¡Qué gloria no cabrá á ese jefe y conquistador insigne, al ver que con nuestros sacrificios le rodeamos de un ejército brillante de almas que formarán parte de su corte y el ornamento de su trono inmortal!

Paréceme, señores, oír la voz del Salvador, que volviéndose á los que se interesan por esas almas predestinadas, les dice:

« ¡Oh fieles servidores míos! Vosotros habeis comprendido perfectamente el deber de amarme con todo vuestro corazon. No satisfechos con cubrir mi desnudez vistiéndome á mis miembros menesterosos, con alimentarme en mi necesidad partiendo vuestro pan con mis miembros hambrientos, y con refrigerar mi sed alargando el vaso de agua á mis miembros sedientos, habeis avanzado aun mas en el ejercicio de la caridad. Visteis mis almas predestinadas gimiendo en un triste destierro, y contribuisteis á darlas libertad; las visteis perseguidas por el brazo de la divina justicia, y procurasteis detenerle; las visteis nadando en un lago de fuego infatigable, y trabajasteis por apagarle. Así que, cuantas veces orasteis, ayunasteis ó practicasteis alguna otra obra de piedad por mis queridas almas, otras tantas pusisteis sobre mis sienes una corona de regocijo indefinible, porque yo reino en ellas y ellas reinan en mí. »

Cristianos! La voz de la religion es la que os habla en este momento; escuchadla. ¿No es verdad que en algunos instantes de fervor habeis deseado manifestar vuestro amor á Jesucristo, siquiera fuese á costa de los mayores trabajos? ¡Cuántas veces habeis suspirado y dicho: Jesus! yo os amo mas que á mí mismo; gustoso daría mi vida por vos! Pues no, no se trata ahora de derramar la sangre por Jesucristo. No exige que le mostreis vuestro amor á tan caro precio. Si quereis hacerlo, ahí teneis á sus amigos; consoladlos, socorredlos, y haced por ellos lo que en obsequio suyo deseais practicar. Bajad, almas generosas, bajad á esas negras prisiones que la fe os manifiesta en el purgatorio, y apresuraos á desarmar la justicia de Dios; arrancadle su presa, poned en libertad á esos ilustres forzados á quienes la cólera celestial encadena, y no dudeis que Jesucristo se mostrará complacido de la santa violencia que le hicieris.

Es pues indudable que con nuestros sufragios por las almas del purgatorio glorificamos á Dios y honramos á Jesucristo, pues es lo mismo que decir: « Señor, vos sois sumamente digno de todo amor y de toda alabanza, y sin embargo no se os rinden todos los homenajes de adoracion que os son debidos. Yo debo procuraros todo el honor y toda la gloria que me sea posible, y ya que en la tierra no me es dado hallar una completa satisfaccion á mis deseos, descenderé hasta los abismos, traspasaré los espacios del mundo, é iré hasta el purgatorio á bus-



car quien multiplique vuestras divinas alabanzas, poblando el cielo de almas justas que os amen sin cesar y publiquen vuestras eternas bondades. » En vano, católicos, nos lisonjearíamos de amar á Dios como se merece, sin este celo por el socorro de nuestros hermanos difuntos. No son las palabras, sino las obras, las que testifican nuestro amor. ¿No tendría el Señor un justo derecho á mirar como una ilusion nuestras protestas en este punto, si sabiendo nosotros que existen en los tormentos del purgatorio un sinnúmero de almas á quienes Dios ama entrañablemente, no nos apresurásemos á derramar el agua de nuestras oraciones sobre aquel fuego que solo ellas pueden mitigar? Pues si á ello estamos obligados por un motivo de caridad hácia Dios cuya gloria procuramos, no lo estamos ménos por un motivo de caridad hácia nuestros prójimos, á quienes por este medio libertamos de sus penas.

Cuando el Señor nos manda que amemos á nuestros semejantes, nos dice en términos expresos que lo hagamos como á nosotros mismos; de consiguiente nuestro amor no debe ser un amor de especulacion, de política ó de bien parecer, sino un amor verdadero, positivo, práctico y comprobado con toda especie de testimonios que le hagan real y efectivo. Ahora bien, católicos, puesto que prójimos y hermanos nuestros son los difuntos cuyas almas yacen en el purgatorio, ¿nos lisonjearíamos de satisfacer cumplidamente con ellos el precepto del amor, viviendo en un profundo olvido de sus desgracias, limitándonos á manifestar ciertos sentimientos de una compasion estéril, á derramar algunas lágrimas infructuosas ó á pronunciar algunas oraciones superficiales? Ah! Recordemos los rasgos de semejanza que con ellos nos ofrece la religion, de los lazos que á ellos nos unen, lazos que no ha podido quebrantar la muerte. Como nosotros, ellos eran hijos del Padre celestial, y lo son ahora por títulos mas estrechos: como nosotros eran miembros de Jesucristo, y lo son ahora mas que nunca: como nosotros estaban llamados á la posesion del reino celestial, y ahora tienen ya un derecho adquirido é irrevocable. ¡Qué rasgos tan bellos y tiernos! Pues bien, aun cuando yo os hablase en este momento en favor de vuestro mas implacable enemigo, ¿no deberiais sucumbir y rendiros al precepto formal del Evangelio que os intima ameis á vuestros prójimos como á vosotros mismos? ¡Cuánto mas cuando intereso vuestra caridad en favor de unas

almas que os están unidas con las mas tiernas relaciones y con los nudos mas sagrados, que os aman entrañablemente y os desean con toda eficacia la gracia, la santidad, la perseverancia y todo cuanto ellas poseen, á excepcion de sus tormentos? ¿Opondreis á esto la dureza de la ley ó la corrupcion de la naturaleza? Oh! Convengamos, señores, en que sola una detestable insensibilidad puede hacernos sordos á sus gemidos é indiferentes á sus padecimientos.

Pero aun prescindiendo de los términos de la ley y de los rasgos de semejanza que nos unen con las benditas almas del purgatorio, ¿no habla todo en su favor con un lenguaje capaz de conmover las entrañas mas empedernidas? Lancemos una mirada expresiva sobre ellas, y veamos si puede concebirse una situacion mas triste y lamentable que la suya. Ah! En la tierra, al ménos, podian ayudarse á sí mismas; si les faltaban las cosas necesarias para la vida, suplía el trabajo, y á falta de este no dejaba de hallarse algun corazon benéfico que les proporcionase socorros; si experimentaban los efectos de una enfermedad dolorosa, podian buscar algun remedio que mitigase al ménos la violencia del padecer; si la calumnia las perseguía, si un enemigo tenaz se encarnizaba contra ellas, ó les era dado huir, ó les quedaba el derecho de resistir á la opresion... Hoy empero, entregadas al brazo vengador de la divina justicia, sumergidas en un lugar tenebroso, atadas al instrumento del suplicio, solo pueden lanzar impotentes suspiros; padecen sin intermision, sin recurso, solo les resta la esperanza del fin. ¡Justa providencia de un Dios que ha determinado que el mérito finalice con la vida, y que mas allá de la tumba el hombre nada pueda hacer para su propia santificacion! Católicos, ¡qué ventaja tan grande tenemos sobre las almas del purgatorio! ¡Cuán lamentable es hasta cierto punto su suerte comparada con la nuestra! Nuestra suerte es incierta, no hay duda; frecuentemente caemos en culpas que nos llenan de temor con respecto á la eternidad; empero no obstante, una corta oracion, una limosna, una lágrima virtuosa puede borrar las manchas y satisfacer las deudas. El que se ha herido puede aplicar el bálsamo y la venda sobre la llaga; el que ha encendido la llama puede apagarla, y no solamente podemos satisfacer á la divina justicia con nuestras buenas obras, sino que con ellas podemos conseguir un lugar distinguido en el cielo; en vez que tan luego